

ISRAEL FINKELSTEIN

Introducción y capítulo 1

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE EL REINO DEL NORTE?

CAPÍTULO 1

EL ESCENARIO: LA ENTIDAD POLÍTICA DE SIQUEM EN EL BRONCE TARDÍO Y LOS
ÚLTIMOS DÍAS DE LAS CIUDADES-ESTADO CANANEAS EN EL HIERRO I TARDÍO

Edición académica en español

BEIT EIN SOF ACADEMY

BESA — Biblioteca de Estudios Académicos



Página editorial

Autor original: Israel Finkelstein.

Material: Introducción y capítulo 1.

Título completo de la obra original: [DATO EDITORIAL A COMPLETAR]

Editorial original, año, edición utilizada e ISBN: [DATO EDITORIAL A COMPLETAR]

Titularidad y condiciones de reproducción de la obra original: [DATO EDITORIAL A COMPLETAR]

Identificación de la persona responsable de la traducción: [DATO EDITORIAL A COMPLETAR]

Esta edición reproduce una traducción española preparada con fines de estudio académico. Beit Ein Sof Academy no reclama autoría sobre la obra original. Su intervención corresponde a la preparación de la traducción revisada, la maquetación y el aparato de estudio. El texto original de Finkelstein continúa siendo la autoridad intelectual.

BEIT EIN SOF ACADEMY · BESA — Biblioteca de Estudios Académicos



Nota sobre esta edición

Esta edición BESA pone a disposición del lector hispanohablante una traducción académicamente controlada de la Introducción y el capítulo 1 de Israel Finkelstein. Su propósito es facilitar la lectura, el estudio y la consulta del material sin sustituir la voz ni el razonamiento del autor. La portada, esta nota y el aparato de estudio final son paratextos editoriales de Beit Ein Sof Academy; se distinguen del cuerpo de la obra traducida. En la preparación del documento se ha procurado preservar el orden de las secciones, el desarrollo de los argumentos y las relaciones entre observación arqueológica, propuesta histórica e interpretación de las fuentes. Se mantienen los grados de certeza e incertidumbre del texto: una posibilidad, una inferencia y una conclusión no se presentan como afirmaciones equivalentes. El vocabulario técnico se ha tratado con consistencia, respetando, entre otras, la distinción que el propio autor establece entre «judaíta» y «judeo». Se conservan las referencias bibliográficas parentéticas, las citas de las cartas de Amarna, las referencias bíblicas y las notas que aportan información histórica, metodológica o bibliográfica. La tabla cronológica, los mapas, las fotografías y el gráfico siguen integrados en el aparato documental. Los rótulos internos de las figuras permanecen en inglés porque forman parte de las imágenes reproducidas del original; sus pies se presentan en español. La intervención editorial se concentra en la organización material del volumen: jerarquía tipográfica, identificación de paratextos, presentación de notas, integración de figuras y herramientas de consulta derivadas exclusivamente del texto. La cronología, los nombres y las cifras no han sido armonizados con bibliografía posterior. Cuando falten datos bibliográficos o de derechos necesarios para una publicación formal, se señalan como pendientes de completar. La prioridad de esta edición es la fidelidad conceptual, la consistencia terminológica y una legibilidad adecuada para el trabajo académico.

Fin de la nota editorial BESA. A continuación comienza el texto traducido de Israel Finkelstein.



INTRODUCCIÓN: ¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE EL REINO DEL NORTE?

En la primera mitad del siglo VIII a. e. c., Israel gobernaba la mayor parte del territorio de los dos reinos hebreos (fig. 1), y su población representaba las tres cuartas partes de la población conjunta de Israel y Judá (Broshi and Finkelstein 1992). Israel era más fuerte que Judá tanto militar como económicamente, y en la primera mitad del siglo IX y en la primera mitad del siglo VIII —casi la mitad del tiempo durante el cual coexistieron ambos reinos— Israel dominó al reino meridional. Sin embargo, Israel ha permanecido a la sombra de Judá, tanto en el relato de la Biblia hebrea como en la atención que le ha prestado la investigación moderna.



1. HISTORIOGRAFÍA Y MEMORIA HISTÓRICA



Figura 1. Mapa de Israel y Judá en el siglo VIII a. e. c.

La historia del antiguo Israel en la Biblia hebrea fue escrita por autores judaítas¹ en Jerusalén, la capital del reino meridional y el centro de la dinastía davídica. Como tal, transmite ideas judaítas

¹En este libro, «judaíta» se usa como adjetivo para los términos relativos al reino de Judá (también denominado aquí «reino meridional»), por ejemplo, cerámica judaíta. «Judeo» se emplea para referirse a regiones geográficas, como el desierto de Judea. «Israel» se refiere generalmente al reino del norte, mientras que «antiguo Israel» designa al pueblo de la Edad del Hierro, norte y sur en conjunto. Al hablar de «dos reinos hebreos» me adhiero ostensiblemente a

sobre el territorio, la realeza, el templo y el culto. Más aún, incluso lo que algunos estudiosos consideran las capas tempranas de la historia del antiguo Israel, como los libros de Samuel (p. ej., McCarter 1994; Halpern 2001; Römer and de Pury 2000, 123–28; Hutton 2009), fue escrito después de que Asiria venciera al reino del norte y deportara a su élite. A fines del siglo VII, cuando se compiló la capa temprana de la Historia Deuteronomista (Cross 1973, 274–88; Naaman 2002b; Römer 2007), el reino del norte era ya un recuerdo remoto y vago de más de un siglo de antigüedad, en un período sin continuidad de la actividad escritural. Es cierto que la Biblia hebrea incorpora tradiciones israelitas. Me refiero a conjuntos como el ciclo de Jacob en el Génesis (de Pury 1991), la tradición del éxodo (van der Toorn 1996, 287–315), lo que se conoce como el «Libro de los salvadores» en Jueces (Richter 1966), las tradiciones favorables al rey Saúl en Samuel, los relatos proféticos de Elías y Eliseo en Reyes, y los dos profetas septentrionales Oseas y Amós (sobre la influencia de los textos septentrionales en la Biblia hebrea, véase Schiedewind 2004; Fleming 2012). Estas tradiciones pudieron haber llegado a Judá oralmente o por escrito.

Los textos septentrionales originales —o al menos algunos de ellos— pudieron haber sido escritos ya en la primera mitad del siglo VIII a. e. c. en la capital, Samaria, o en el templo de YHWH en Betel, situado en la frontera septentrional de Judá (también Fleming 2012, 314–21; para una fecha posterior de compilación en Betel, véanse Knauf 2006; Davies 2007a, 2007b; sobre la arqueología de Betel, véase Finkelstein and Singer-Avitz 2009). Tanto los textos escritos como las tradiciones orales fueron probablemente llevados a Judá por refugiados israelitas tras la caída de Israel en 720 a. e. c. (Schniedewind 2004; Finkelstein and Silberman 2006b); las estimaciones del crecimiento demográfico de Judá entre el Hierro IIA y el Hierro IIB (desde el siglo IX hasta fines del VIII o comienzos del VII a. e. c.) indican que, en la época monárquica tardía, los grupos israelitas constituían una parte considerable de la población del reino meridional (Finkelstein and Silberman 2006b). Las tradiciones septentrionales fueron incorporadas al canon judaíta bien porque respaldaban la ideología judaíta, bien por las necesidades políticas de Judá de integrar a la numerosa población israelita del reino. En el segundo caso, las tradiciones israelitas originales fueron sometidas a las necesidades y la ideología judaítas, como ocurrió con el libro de Samuel, que incorporó tradiciones septentrionales desfavorables al fundador de la dinastía davídica, pero les dio un giro para exculpar a David de toda falta (McCarter 1980a; Halpern 2001). Así pues, incluso aquí apenas se escucha en la Biblia hebrea la voz genuina y original de Israel.

La ideología política de la Historia Deuteronomista bíblica refleja la realidad posterior a la caída del reino del norte. Está centrada en Judá y sostiene que todos los territorios que una vez pertenecieron a Israel deben estar gobernados por un rey davídico, que todos los hebreos deben aceptar el dominio de la dinastía davídica y que todos los hebreos deben rendir culto al Dios de Israel en el templo de Jerusalén. Por ello, el relato del reino del norte es en su mayor parte telegráfico y de tono negativo;² aunque todos los hebreos, individualmente, pueden incorporarse

la ideología de los autores judaítas y judeos posteriores, pero al mismo tiempo reconozco tanto las proximidades como las diferencias entre sus culturas materiales y sus mundos cognitivos (véase más en Finkelstein 1999a).

²En el libro de Crónicas, escrito mucho después que los libros de Reyes, probablemente no antes del siglo III a. e. c., y que representa la teología y la ideología política del Segundo Templo, la historia del reino del norte se omite casi por completo.



a la nación si aceptan la centralidad del templo y la dinastía de Jerusalén, su reino y sus reyes son considerados ilegítimos.

Solo Jeroboam I y Ajab reciben una extensión relativamente amplia en el texto, pero, huelga repetirlo, su tono es negativo. Por ejemplo, Jeroboam I, fundador del reino del norte, es presentado como el apóstata original, aquel cuyos pecados condenaron al norte desde sus comienzos (Cross 1973, 274–88). El reinado de otros reyes del norte de Israel se resume en unas pocas frases. A Omrí, fundador de la dinastía más célebre del norte, el rey por cuyo nombre se conoce a Israel en los registros asirios, se le dedican solo seis versículos. Únicamente uno de ellos es informativo, es decir, no tiene carácter formular. A Jeroboam II, uno de los reyes más importantes de la historia de los dos reinos hebreos, que gobernó aproximadamente cuarenta años (788–747 a. e. c.) y conquistó extensos territorios, se le dedican siete versículos. Se dice muy poco de la capital, Samaria, y se sabe relativamente poco de las ciudades y aldeas rurales. Esto se debe a su distancia de Jerusalén y a la falta de conocimiento directo del paisaje por parte de los autores. Un buen ejemplo de esto último es el territorio israelita de Transjordania. Solo se mencionan unas pocas ciudades de esta región, cuya extensión equivale a la del territorio montañoso de Judá, del cual la Biblia menciona los nombres de unas cincuenta ciudades.

Esta situación se ve acentuada por el hecho de que los estudios bíblicos, arqueológicos e históricos del antiguo Israel han estado dominados por la tradición histórica judeocristiana, moldeada a su vez por la Biblia hebrea, es decir, por el texto judaíta. La Biblia es lo que es y, por tanto, la investigación bíblica se ocupa fundamentalmente de Judá y de la perspectiva judaíta sobre Israel, formulada un siglo después del colapso del reino del norte.

La investigación arqueológica equilibra en cierta medida este panorama. El Judá de la Edad del Hierro se ha estudiado a fondo. Jerusalén es una de las ciudades más excavadas del mundo, especialmente durante los últimos cincuenta años, y se han excavado casi todos los principales yacimientos de su ámbito rural: Mizpá y Hebrón en la montaña; Laquis y Bet-semes en la Sefelá; y Beer-seba y Arad en el valle de Beer-seba. Israel tampoco ha carecido de investigación. Samaria, la capital, fue excavada exhaustivamente en dos ocasiones, y también se han explorado todos los principales yacimientos rurales. Me refiero a Betel, Siquem y Tell el-Far'ah (Tirsá) en la región montañosa, Guézer en el suroeste, Dor en la costa, y Meguidó, Jezreel, Jasor y Dan en los valles septentrionales. Además, el territorio rural del reino del norte —tanto en las tierras altas como en las bajas— ha sido investigado minuciosamente mediante prospecciones arqueológicas que han permitido elaborar mapas de asentamientos por períodos. Es, pues, la investigación de campo la que permite escribir una historia de Israel basada en la arqueología y libre de la ideología judaíta y, en última instancia, llegar también a una reconstrucción más equilibrada de la historia del antiguo Israel en general y de los dos reinos hebreos en particular.

Este libro cuenta la historia del reino del norte principalmente en sus fases formativas. El hilo conductor es la arqueología: los resultados de excavaciones y prospecciones. El relato arqueológico se combina después con lo poco que sabemos por los textos del antiguo Oriente Próximo y con aquellos textos bíblicos que cabe juzgar portadores de información genuina, no propagandística —aunque sean recuerdos vagos—, sobre el reino del norte.

En cuanto a los materiales bíblicos que no proceden de círculos septentrionales —por ejemplo, la información que proporcionan los libros de Reyes—, la pregunta es, desde luego, cómo conocían el autor o los autores judaítas de la época monárquica tardía, residentes en Jerusalén, hechos ocurridos siglos antes de su tiempo, algunos en lugares alejados de Jerusalén. La respuesta es



que debieron tener acceso a una lista de reyes israelitas que especificaba los años de sus reinados y algunos datos adicionales sobre sus orígenes y muertes. Esa lista debió proporcionarles los conocimientos que permitieron correlacionar a los monarcas israelitas y judaítas. La información incluida en los breves versículos bíblicos es por lo general exacta, como confirman los textos asirios extrabíblicos. También debe recordarse que las fuentes septentrionales —si, en efecto, fueron puestas por escrito en Samaria o Betel a comienzos del siglo VIII— estaban cronológicamente mucho más cerca de las fases formativas de la historia de Israel y Judá en el siglo X a. e. c. que los autores judaítas de fines de la monarquía y de épocas posteriores. Aquellos autores septentrionales se encontraban a poco más de un siglo de esa fase formativa, frente a los tres siglos que separaban de ella a los primeros autores judaítas de fines del siglo VII a. e. c. Una fuente importante de información pudieron haber sido los refugiados israelitas asentados en Judá, quienes habrían podido proporcionar a los autores judaítas materiales escritos y tradiciones orales relativos a distintas partes del territorio del reino del norte, a ambos lados del río Jordán.

Mi intención en este libro no es ofrecer una exposición completa de la cultura material y la historia del norte en la Edad del Hierro. Mi objetivo es ocuparme principalmente de la situación geopolítica en el Levante meridional, de la historia territorial de Israel y de lo que la literatura antropológica denomina «formación del Estado», es decir, el desarrollo de entidades territoriales dotadas de aparato e instituciones burocráticas. Se concederá especial atención al impacto del medio ambiente en los procesos históricos y a los procesos de larga duración que determinaron la historia del norte a fines del segundo milenio y comienzos del primero a. e. c.

El alcance cronológico del libro va desde el Bronce Tardío II hasta el Hierro IIB. En términos de cronología absoluta, corresponde al período comprendido aproximadamente entre 1350 y 700 a. e. c. Sin embargo, el análisis principal se concentra en un período más breve: el surgimiento de una entidad política territorial en las tierras altas centrales de Israel entre aproximadamente 1000 y 850 a. e. c. La Edad del Bronce Tardío se trata principalmente como modelo para el cual disponemos de materiales arqueológicos e históricos razonablemente buenos. El último siglo de la historia del norte solo se menciona de pasada hacia el final del libro. El capítulo final aborda la población israelita de Judá después de 720 a. e. c., fenómeno decisivo para la configuración de la Biblia hebrea.

2. AVANCES RECIENTES EN ARQUEOLOGÍA

Conviene hacer aquí una aclaración sobre la cronología. Nuestro conocimiento de la cronología, tanto relativa como absoluta, de los estratos y monumentos de la Edad del Hierro en el Levante ha experimentado una verdadera revolución. En cuanto a la cronología relativa, la intensificación del estudio de conjuntos cerámicos procedentes de contextos estratigráficos seguros en yacimientos como Meguido y Tel Rehov en el norte, y Laquis en el sur, abrió el camino para establecer una división fiable de la Edad del Hierro en seis fases tipológicas cerámicas: Hierro I temprano y tardío (Arie 2006; Finkelstein and Piasetzky 2006), Hierro IIA temprano y tardío (Herzog and Singer-Avitz 2004, 2006; Zimhoni 2004a; A. Mazar et al. 2005; Arie 2013), Hierro IIB y Hierro IIC (Zimhoni 2004b). En cuanto a la cronología absoluta, los estudios intensivos de radiocarbono permiten fechar con precisión estas fases con una resolución de cincuenta años o menos. Ahora es posible hacerlo al margen de los argumentos anteriores, basados en lecturas



acríticas del texto bíblico (p. ej., Yadin 1970; Dever 1997). En este libro utilizaré las fechas resultantes de dos estudios:

(1) Un modelo estadístico basado en un gran número de determinaciones radiocarbónicas: 229 resultados obtenidos de 143 muestras procedentes de 38 estratos de 18 yacimientos situados tanto en el norte como en el sur de Israel (Finkelstein and Piasezky 2010, basado en Sharon et al. 2007 y otros estudios; tabla 1 aquí³). Los resultados radiocarbónicos de Israel son los más abundantes que se hayan presentado jamás para un período tan breve y una extensión territorial tan reducida en la arqueología del antiguo Oriente Próximo.

Tabla 1. Fechas de las fases cerámicas del Levante y de las transiciones entre ellas según resultados radiocarbónicos recientes (basadas en un modelo bayesiano, con un 63 por ciento de concordancia entre el modelo y los datos).

Fase cerámica	Fecha de la fase [a. e. c.]*	Transición entre fases [a. e. c.]
Bronce Tardío III	-1098	
		1125-1071
Hierro I temprano	1109-1047	
		1082-1037
Hierro I medio	1055-1028	
		1045-1021
Hierro I tardío	1037-913	
		960-899
Hierro IIA temprano	920-883	
		902-866
Hierro IIA tardío	886-760	
		785-748
Hierro IIA/B de transición	757-	

* Los datos disponibles no permiten determinar el comienzo de la primera fase ni el final de la última.

(2) Un modelo estadístico para un solo yacimiento, Meguidó: alrededor de 100 determinaciones radiocarbónicas obtenidas de unas 60 muestras correspondientes a 10 niveles de Meguidó, que abarcan aproximadamente 600 años entre ca. 1400 y 800 a. e. c. (Toffolo et al. forthcoming; ilustración en la fig. 2). Meguidó resulta especialmente fiable para un modelo de este tipo porque el lapso considerado comprende cuatro grandes niveles de destrucción que proporcionaron numerosas muestras orgánicas de contextos fiables. También esto carece de precedentes: ningún

³El modelo divide el período tratado en este libro de manera ligeramente distinta de las seis fases cerámicas mencionadas arriba. Añade el Bronce Tardío III, divide el Hierro I en tres fases, en vez de dos, y termina en el Hierro IIA tardío. La razón de esto último es la meseta de Hallstatt en la curva de calibración del radiocarbono, que impide asignar fechas precisas a las muestras procedentes de contextos del Hierro IIB y del Hierro IIC.



otro yacimiento ha proporcionado jamás tantos resultados para una secuencia estratigráfica tan densa.

El modelo general (tabla 1) adopta un enfoque conservador para establecer las fechas. Genera ciertos solapamientos entre las fechas de las fases y unos intervalos bastante amplios para los períodos de transición. Cuando este modelo se adapta al razonamiento histórico (p. ej., el final del dominio egipcio en el Bronce Tardío III), se obtienen las fechas siguientes, que se utilizarán en este libro (Finkelstein and Piasetzky 2011):

Bronce Tardío III: siglo XII hasta ca. 1130 a. e. c.

Hierro I temprano: fines del siglo XII y primera mitad del siglo XI a. e. c.

Hierro I tardío: segunda mitad del siglo XI y primera mitad del siglo X a. e. c.

Hierro IIA temprano: últimas décadas del siglo X y comienzos del siglo IX a. e. c.

Hierro IIA tardío: resto del siglo IX y comienzos del siglo VIII a. e. c.

Hierro IIB: resto del siglo VIII y comienzos del siglo VII a. e. c.

Varios avances adicionales de la arqueología del Levante en los últimos años facilitan la elaboración de una historia del reino del norte de Israel basada en la arqueología:

(1) El abandono del concepto de una gran monarquía unida en tiempos de los fundadores de la dinastía davídica. Según la Biblia hebrea y la visión tradicional de los estudios bíblicos y arqueológicos, fundada en una lectura acrítica del relato bíblico, la monarquía unida estaba gobernada desde Jerusalén y se extendía por toda la tierra de Israel. Según algunas referencias bíblicas, que probablemente reflejan realidades de la Edad del Hierro, se extendía desde Dan hasta Beer-seba (2 Sam 3:10; 1 Kgs 5:5). Según otra versión, probablemente insertada en el período persa, abarcaba un territorio mucho más extenso (1 Kgs 5:4). Desde el punto de vista de los estudios bíblicos, hoy resulta claro que la idea bíblica de una gran monarquía unida es una construcción literaria que representa la ideología territorial, los conceptos de realeza y las ideas teológicas de autores judaítas de la época monárquica tardía (p. ej., Van Seters 1983, 307–12; Knauf 1991, 1997; Miller 1997; Niemann 1997; Finkelstein and Silberman 2006a). Desde el punto de vista arqueológico, ha quedado claro, entre otras razones gracias a los estudios radiocarbónicos antes mencionados, que los monumentos tradicionalmente considerados representantes de la gran monarquía unida del siglo X a. e. c. fueron construidos en realidad durante el gobierno de la dinastía omrida en Israel, en el siglo IX a. e. c. (síntesis en Finkelstein 2010). Este avance de la investigación dio lugar a una nueva comprensión de la época de los reyes omridas, especialmente de sus actividades constructivas y de la estructura demográfica de su reino. El abandono de la monarquía unida como realidad histórica implica que los dos reinos hebreos surgieron en paralelo, como entidades vecinas e independientes entre sí, de acuerdo con la historia de larga duración de las tierras altas centrales en las Edades del Bronce y del Hierro.

(2) Los avances en el estudio de la cronología relativa y absoluta de los estratos de la Edad del Hierro en el Levante, descritos arriba, explican el reconocimiento de que, en los valles septentrionales, el Hierro I presenta todavía cultura material y una organización territorial «cananeas» (cap. 1).

(3) Las prospecciones a gran escala en las tierras altas, incluida la zona central del reino del norte, permiten elaborar mapas de asentamientos correspondientes a las distintas fases de la



Edad del Hierro y, por consiguiente, abren el camino a una comprensión matizada de los cambios demográficos, económicos y sociales relacionados con el surgimiento de entidades territoriales norisraelitas.



Figura 2. Los perfiles oriental y meridional del Área H de Meguidó, que muestran los distintos niveles y sus fechas relativas y absolutas.

3. LA PERSPECTIVA PERSONAL

Mi participación en el estudio del reino del norte procede de diversas etapas de mi trayectoria como arqueólogo de campo. La prospección arqueológica intensiva que realicé en la región montañosa al norte de Jerusalén en la década de 1980 llamó mi atención sobre el carácter particular de las tierras altas desde las perspectivas social y económica (para los antecedentes, véanse Alt 1925b; Marfoe 1979). También me hizo reparar en la intensidad del poblamiento de la Edad del Hierro en las zonas al norte de Jerusalén, en comparación con el territorio situado al sur, y en el carácter cíclico y de larga duración de los procesos de asentamiento en las tierras altas (Finkelstein 1995). Huelga decir que entender la historia del poblamiento de las tierras altas en términos de una historia cíclica se contrapone a una concepción fundamental de los autores bíblicos (seguida por muchos estudiosos modernos): que el antiguo Israel fue un fenómeno singular y que la historia israelita tuvo un carácter lineal, desde la conquista al asentamiento, luego a un período de liderazgo carismático (los jueces) y, finalmente, a la monarquía y al surgimiento de reinos territoriales. Reconocer todo esto dirigió también mi atención hacia los historiadores franceses de los Annales (p. ej., Bloch 1952; Braudel 1958), para quienes los procesos de larga duración y los cambios en el medio rural no son menos influyentes que los «acontecimientos» trascendentales, como las campañas militares o los asuntos que se dirimen en los corredores del poder del palacio y del templo. En suma, las prospecciones en las tierras altas iluminaron procesos históricos importantes, como la escasez de asentamientos en el Bronce Tardío, el carácter de la oleada de asentamiento del Hierro I, la estabilidad del poblamiento en la mayoría de las zonas a lo largo de la Edad del Hierro frente a ciertos procesos de abandono en



una zona (la meseta de Gabaón) en el Hierro IIA temprano, y el declive del poblamiento en el sur de Samaria tras la caída del reino del norte en 720 a. e. c.

Mis excavaciones en el yacimiento de Silo a comienzos de la década de 1980 me ayudaron a comprender la cultura material de las tierras altas y el carácter del Hierro I, período del surgimiento del antiguo Israel (Finkelstein 1988). Además, los resultados de las prospecciones y de la excavación en Silo aumentaron gradualmente mi conciencia de la complejidad de las fuentes bíblicas sobre la historia temprana de Israel.

A partir de la década de 1990 me volqué hacia las tierras bajas y, especialmente, hacia el valle de Jezreel. Las excavaciones que he realizado durante los últimos veinte años junto con colegas y estudiantes en Meguidó abrieron el camino a una mejor comprensión de la Edad del Hierro en los valles septentrionales.⁴ Ante todo, mientras preparaba la excavación de Meguidó, tomé conciencia de los problemas de la datación tradicional de los estratos y monumentos de la Edad del Hierro en el Levante. Esto me llevó a proponer la «cronología baja» para la Edad del Hierro (Finkelstein 1996a), un sistema cronológico que ahora cuenta con el apoyo de los estudios radiocarbónicos y que contribuyó a revolucionar nuestro conocimiento del reino del norte. La excavación de Meguidó facilitó mi comprensión de otras cuestiones tratadas en este libro. Una de ellas es el estudio de la fase final del Bronce Tardío en los valles septentrionales. Otra es la prosperidad excepcional —y, hasta hace poco, no plenamente comprendida— del Hierro I tardío, especialmente en el valle de Jezreel. Denominé a este «canto del cisne» de la cultura material y la organización territorial cananeas «Nueva Canaán», término hoy extendido en la investigación. La excavación de Meguidó también hizo necesaria una nueva investigación de la transición, en el norte, entre los rasgos de la cultura material del segundo milenio y los del primero (de lo cananeo a lo israelita, como algunos estudiosos denominan este proceso). En paralelo a la excavación de Meguidó, realicé —también con miembros de la Expedición de Meguidó— dos campañas de prospección arqueológica en el valle de Jezreel con el fin de comprender los sistemas de asentamiento correspondientes a las principales fases de ocupación del yacimiento central de Meguidó. Los resultados de este trabajo mostraron las grandes diferencias entre la historia del poblamiento de los valles septentrionales y la de las tierras altas centrales.

En suma, treinta años de trabajo de campo tanto en las tierras altas como en las bajas del reino del norte prepararon el terreno para una nueva comprensión de la arqueología y la historia del antiguo Israel. Esta nueva comprensión dio lugar a una serie de artículos que abordaban numerosos aspectos de la cultura material de la Edad del Hierro, las transformaciones del poblamiento y la historia territorial, todos ellos incorporados (y citados) en este libro.

⁴Por los temas tratados en este libro estoy especialmente agradecido a los siguientes miembros de la Expedición de Meguidó (pasados y presentes): los codirectores David Ussishkin, Eric H. Cline y Baruch Halpern; y los miembros principales del equipo Matthew J. Adams, Eran Arie, Norma Franklin, Yuval Gadot y Mario A. S. Martin.



1. EL ESCENARIO: LA ENTIDAD POLÍTICA DE SIQUEM EN EL BRONCE TARDÍO Y LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LAS CIUDADES-ESTADO CANANEAS EN EL HIERRO I TARDÍO

Para trazar un panorama claro de los procesos de poblamiento y territoriales que tuvieron lugar en las tierras altas y los valles septentrionales durante el Hierro I tardío y el Hierro IIA, ca. 1050–800 a. e. c., debo comenzar por los períodos anteriores. Me refiero al Bronce Tardío II–III y al Hierro I temprano; en términos de cronología absoluta, abarcan el período comprendido aproximadamente entre 1350 y 1050 a. e. c. El Bronce Tardío es especialmente útil aquí, pues proporciona un caso bien documentado —tanto arqueológica como textualmente— del crecimiento de una entidad política territorial en las tierras altas centrales de Canaán.

1.1. LA EDAD DEL BRONCE TARDÍO

En términos territoriales, el Canaán del Bronce Tardío II estaba dividido en un sistema de ciudades-estado dominado por un aparato administrativo y militar egipcio. Cada ciudad-estado comprendía una ciudad principal —sede del gobernante— y una red de aldeas a su alrededor. El tamaño de las ciudades centrales, la extensión de los territorios que dominaban, el número de aldeas en su zona de influencia, el volumen de sus poblaciones y su carácter (por ejemplo, sedentario o pastoril) variaban en todos los casos.

Tres instrumentos ayudan a reconstruir la organización territorial de las ciudades-estado del Bronce Tardío (p. ej., Finkelstein 1996c; Naaman 1997c). El primero son los testimonios textuales. La fuente más importante son aquí las cartas de Amarna del siglo XIV a. e. c. (Moran 1992). Las aproximadamente 370 tablillas de arcilla en acadio halladas a fines del siglo XIX en el-Amarna, en el Egipto Medio, incluyen parte de la correspondencia diplomática entre los faraones Amenofis III y Amenofis IV y los gobernantes de las ciudades-estado de Canaán, en el territorio de los actuales Israel, Autoridad Palestina, Jordania, Líbano y suroeste de Siria. Es razonable suponer que la situación del período de Amarna representa todo el Bronce Tardío II–III, desde el siglo XIV hasta el XII a. e. c. Quienes escribían cartas a Egipto o las recibían de allí eran todos gobernantes de ciudades-estado. Aunque el archivo está incompleto —las cartas debieron formar originalmente parte de un archivo mucho mayor—, sostendría que el material disponible permite una reconstrucción razonable del mapa territorial del Canaán del Bronce Tardío. Dos factores respaldan este enfoque:

- (1) La mayoría de las ciudades-estado cananeas mencionadas en el archivo aparecen en varias cartas. Esto reduce (aunque no elimina) la posibilidad de que falten otras ciudades-estado importantes en el mapa debido al carácter incompleto del archivo.
- (2) Al trasladarla a un mapa, la información proporcionada por el archivo no deja «territorios vacíos». Por el contrario, las cartas que ofrecen información detallada sobre las zonas fronterizas entre entidades políticas indican que los límites territoriales de las principales entidades mencionadas en la correspondencia son contiguos. Por ello discrepo de la idea de que ciertas áreas de Canaán, especialmente en las tierras altas, fueran una suerte de «tierra de nadie» (contra Naaman 1997c).



En la zona del futuro territorio del reino del norte y sus alrededores inmediatos, las principales ciudades-estado eran: Tiro, Acre, Acsaf, Ginti-kirmil (= Gat Carmel) y Guézer en la llanura costera; Damasco y Astarot en el suroeste de Siria; Jasor, Rehov y Pehel en el valle del Jordán; Meguidó, Shimón y Anaharat en el valle de Jezreel y sus proximidades; y Siquem en las tierras altas de Samaria (fig. 3). Las cartas de Amarna también aportan datos sobre la ubicación de los centros administrativos egipcios en Canaán. En el siglo XIV, los principales centros egipcios de la zona examinada aquí eran Bet-seán, en el valle del Jordán, y Kumidi, en la parte meridional de la Beqá libanesa. Los hallazgos arqueológicos indican que Bet-seán siguió desempeñando esta función en las fases posteriores del Bronce Tardío.

El segundo instrumento que ayuda a reconstruir la organización territorial del Canaán del Bronce Tardío es el análisis petrográfico de las cartas de Amarna (Goren, Finkelstein, and Naaman 2004). La sede del remitente de una tablilla determinada puede identificarse por la mineralogía de su arcilla. Normalmente —si la tablilla no se había enviado desde alguno de los centros egipcios, como Gaza, centro de la administración egipcia en Canaán (situado fuera de la zona examinada aquí)—, la mineralogía de la arcilla debería corresponder a las formaciones geológicas próximas a la sede del remitente. En la parte septentrional de Canaán, la investigación petrográfica confirmó la condición de ciudad-estado conocida por las tablillas y otros textos egipcios, y añadió dos centros desconocidos, solo uno de ellos al oeste del río Jordán (Tel Yokneam; fig. 3).

El tercer instrumento para reconstruir la distribución de las ciudades-estado cananeas es la arqueología. Sus centros deberían identificarse, por lo general, con los yacimientos de mayor tamaño del Bronce Tardío. Si han sido excavados, deben presentar indicios de arquitectura pública, como palacios y templos; Meguidó, Jasor y Laquis ofrecen los mejores ejemplos. Es importante señalar que, en la mayoría de los casos, los testimonios textuales del archivo de Amarna y las pruebas arqueológicas coinciden: una confirmación adicional de que las tablillas de Amarna ofrecen una imagen bastante completa de la organización territorial del Canaán del Bronce Tardío. Los territorios de las ciudades-estado y sus poblaciones debían ser suficientemente grandes para permitir la producción de excedentes agrícolas y aportar mano de obra para obras públicas. Desde el punto de vista demográfico, para poder emprender construcciones a gran escala, cada entidad política del Bronce Tardío necesitaba una población mínima de varios miles de personas (sobre esta cuestión, véase Bunimovitz 1994).

Como observó Alt (1925b), las ciudades-estado cananeas pueden dividirse geográficamente en dos tipos. Las situadas en las tierras bajas tenían territorios relativamente pequeños y densamente poblados, mientras que las centradas en las tierras altas, o las que dominaban zonas montañosas, se extendían por territorios amplios y escasamente poblados. Dos ciudades-estado del norte pertenecen a esta última categoría: Siquem, en el norte de Samaria, y Jasor, que dominaba la Alta Galilea, en el valle del Jordán. La Siquem del Bronce Tardío ofrece información comparativa importante para entender los procesos que tuvieron lugar en la parte septentrional de la región montañosa central durante la Edad del Hierro. Esto se debe a que los textos de Amarna aportan información geográfica e histórica detallada sobre los intentos de Siquem de expandirse hacia las tierras bajas y establecer una gran entidad territorial que abarcara tierras altas y bajas.



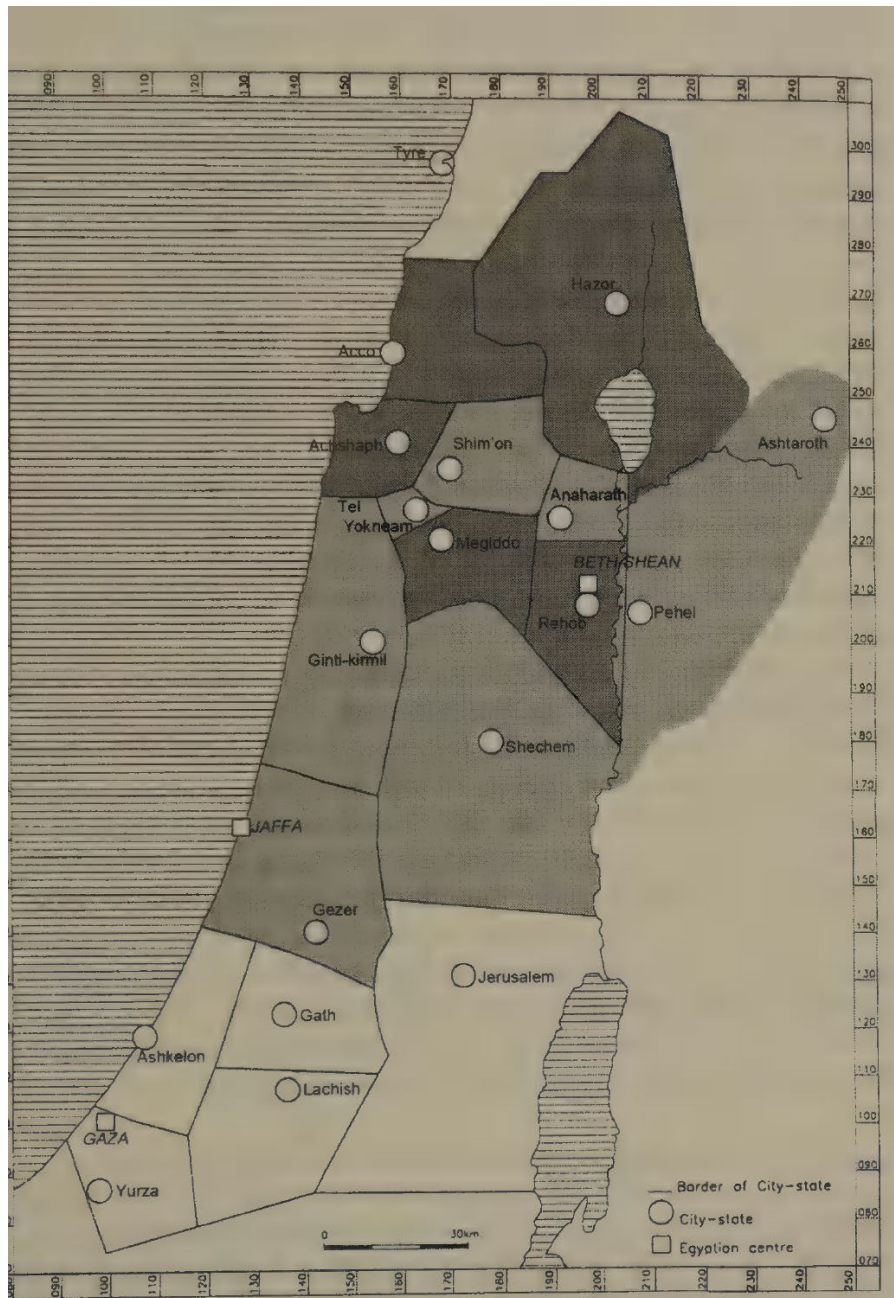


Figura 3. Entidades políticas del Bronce Tardío en el norte, con indicación de las coaliciones de Siquem (gris claro) y anti-Siquem (gris oscuro).

1.1.1. LA ENTIDAD POLÍTICA DE SIQUEM EN EL PERÍODO DE AMARNA

La estela de Khu-Sobek, hallada en Abidos, Egipto, sugiere la existencia de una entidad política territorial importante en Siquem ya en la Edad del Bronce Medio. Describe una campaña militar egipcia en la región durante el siglo XIX a. e. c. La referencia a la «tierra» de Siquem, y su mención en paralelo con Retenu (denominación de Canaán), posiblemente sugieran que era el centro de una gran entidad territorial. Solo dos yacimientos de la región montañosa central — Siquem y Jerusalén— se mencionan en los Textos de Execración egipcios de los siglos XIX–XVIII a. e. c., lo que al parecer indica que toda la región estaba dividida entre dos grandes entidades políticas: una septentrional con centro en Siquem y otra meridional con centro en Jerusalén. Por

entonces, Siquem era al parecer un asentamiento pequeño y no fortificado. En la fase posterior de la Edad del Bronce Medio contaba con imponentes obras monumentales de piedra y tierra, que indican su capacidad de movilizar mano de obra y organizar construcciones públicas a gran escala.

Los personajes más notorios de las cartas de Amarna, principalmente por sus ambiciones territoriales y su repercusión en los intereses egipcios en Canaán, son Labayu, gobernante de Siquem,¹ y Abdi-Ashirta y Aziru, gobernantes del reino de Amurru, situado en los actuales Líbano y oeste de Siria. Las palabras de Labayu, «¿Quién soy yo para que el rey pierda su tierra por mi causa?» (EA 254:6–9),² indican claramente el tipo de acusaciones que se le dirigían desde Egipto, sin paralelo en la correspondencia de Amarna. La situación territorial de la región puede determinarse siguiendo las maniobras de Siquem y sus aliados, por una parte, y las acciones de sus adversarios, por otra. Cabe destacar que la mayoría de las ciudades de Canaán central participaron en las dos coaliciones enfrentadas (fig. 3; véase en detalle, con más bibliografía, Finkelstein and Naaman 2005; para las cartas, véanse Moran 1992; Naaman 1975).

1.1.1.1. LA COALICIÓN DE SIQUEM

La coalición de Siquem incluía ciudades-estado de la llanura costera y de los valles de Jezreel y del Jordán.

Guézer. Situada en la ruta internacional que conducía de Egipto hacia el norte, donde otra ruta se dirigía hacia el este, a las tierras altas próximas a Jerusalén, y controlando el fértil valle de Ayalón, Guézer era una de las ciudades-estado más importantes de Canaán. Su condición de aliada de Siquem está atestiguada en varios lugares (p. ej., EA 250:32–39, 53–56; 289:25–36). En cierto momento Labayu entró en Guézer e intimidó a su gobernante, acto considerado una amenaza para el dominio egipcio de Canaán (EA 253:11–25; 254:6–10, 19–29).

Ginti-kirmil. Un lugar llamado Ginti-kirmil fue muy probablemente la residencia de un gobernante cananeo (EA 289:18–20). La investigación petrográfica de las cartas de Amarna ha mostrado que debe identificarse con el gran tell de la aldea de Jatt, en la llanura de Sarón (Goren, Finkelstein, and Na'aman 2004, 256–59). Las estrechas relaciones entre su gobernante y Labayu de Siquem pueden inferirse de EA 263:33–34. La alianza de Ginti-kirmil y Guézer con Siquem se menciona en EA 289:18–29.

Tel Yoqneam. Un gobernante llamado Balu-mehir era aliado de Labayu de Siquem, como indica el hecho de que ambos estaban a punto de ser entregados juntos a las autoridades egipcias (EA 245:36–45). La investigación petrográfica de las cartas enviadas por este gobernante

¹Las cartas de Amarna no mencionan expresamente que Labayu y sus hijos gobernaran en Siquem. La única referencia a Siquem aparece en EA 289:18–24, escrita por Abdi-Heba de Jerusalén, quien dice: «¿Hemos de actuar como Labayu cuando entregaba la tierra de Siquem a los Apiru?». La investigación petrográfica de las cartas de Labayu confirma que gobernó en la parte septentrional de las tierras altas centrales (Goren, Finkelstein, and Na'aman 2004, 262–65), y las consideraciones históricas de larga duración lo sitúan sin duda en Siquem.

²Las tablillas de el-Amarna se citan aquí con la sigla EA seguida del número de la carta y de las líneas correspondientes.



muestra que su ciudad, cuyo nombre no se ha conservado bien, estaba situada en Tel Yoqneam, al norte de Meguidó (Goren, Finkelstein, and Naaman 2004, 250–55).

Anaharat. El análisis petrográfico identificó la sede de un gobernante del período de Amarna en la Baja Galilea oriental, probablemente en Tel Rekhes, muy probablemente el emplazamiento de la ciudad cananea y bíblica de Anaharat (Goren, Finkelstein, and Naaman 2004, 241–43). El autor de dos cartas enviadas desde este lugar se queja de que los enemigos de Labayu lo atacaron y conquistaron sus ciudades, lo cual indica que los dos gobernantes, el de Anaharat y el de Siquem, eran aliados.

Pehel. EA 250:35–38 parece referirse al intento de los hijos de Labayu de apoderarse de Pihilu (= Pehel, en el valle oriental del Jordán, frente a Bet-seán). EA 255 revela que el gobernante de Pihilu era hijo de Labayu. En EA 256, el gobernante de Pihilu declara que ayudó a Astarot de Basán cuando todas las ciudades de una tierra llamada Garu se habían vuelto hostiles. Esto puede indicar que Astarot cooperaba con el eje Siquem–Guézer–Pihilu.

Shimón. Un gobernante de Shamuna (= Shimrón/Simión bíblica), situada en Tel Shimron, en el extremo noroccidental del valle de Jezreel, no aparece mencionado en las cartas de las coaliciones opuestas. Esto sorprende, dado que Shamuna limitaba con el territorio de algunos de los principales participantes en el asunto de Labayu y sus hijos. Una mirada al mapa (fig. 3) muestra que Shamuna era la única ciudad que necesitaba la coalición de Siquem para rodear por completo a sus adversarios en el valle de Jezreel. En efecto, los acontecimientos relacionados con la captura y muerte de Labayu (EA 245) pueden sugerir que Shamuna actuó de su lado.

1.1.1.2. LA COALICIÓN ANTI-SIQUEM

Las siguientes ciudades-estado de los valles de Jezreel y del Jordán se opusieron a Siquem y sus aliados:

Meguidó. Como se desprende de EA 244–246, Meguidó era un enemigo acérrimo de Labayu y sus hijos, que lo amenazaban físicamente.

Rehob. El remitente de EA 249–250 era también enemigo de Siquem. Del contenido de EA 250 se desprende con bastante claridad que gobernaba en el valle de Jezreel o sus alrededores. Dado que Meguidó dominaba el sector occidental del valle, es razonable proponer que él gobernaba en el este. En efecto, la investigación petrográfica señala como posible sede de este gobernante a Rehob, situada en Tel Rehov, en el valle del Jordán al sur de Bet-seán (Goren, Finkelstein, and Naaman 2004, 248–50). Tras la muerte de Labayu, sus hijos ejercieron una fuerte presión sobre este gobernante para persuadirlo de cambiar de bando y apoyar la alianza de Siquem; él se negó a unirse y comunicó las amenazas al faraón (EA 250:19–22).

Acsaf y Acre. EA 366 menciona la participación de Acre y Acsaf (también situada en la llanura de Acre) en una alianza que actuó del lado del faraón, probablemente contra Siquem y sus aliados.

Jasor. EA 364 alude a hostilidades entre Jasor y Astarot, en Basán (suroeste de Siria). Si suponemos que los dos reinos disputaban el control de la ruta internacional que iba de Bet-seán a Damasco, Jasor —la ciudad más grande y, por tanto, más poblada de Canaán en el Bronce Tardío— pudo haber participado en el conflicto entre las dos coaliciones y enfrentado el creciente poder de la alianza de Siquem.



1.1.1.3. LAS AMBICIONES TERRITORIALES DE SIQUEM

Los detalles expuestos indican que Labayu intentó expandirse —diplomática y militarmente— desde las tierras altas de Siquem en todas direcciones (Finkelsten and Naaman 2005). En el momento culminante de sus maniobras, la coalición de Siquem dominaba regiones extensas e importantes de Canaán central, desde Basán, en el nordeste, a través de las tierras altas centrales, hasta Sarón y la llanura costera al sur del río Yarkón, en el suroeste (fig. 3). Controlaba tramos importantes de la ruta internacional que conducía de Egipto a Siria y Mesopotamia, en la llanura costera y Basán, así como un tramo del Camino Real en Transjordania. La coalición de Siquem presionaba el bastión egipcio de Bet-seán y amenazaba con aislarlo de los centros egipcios de Jaffa y Gaza. No sorprende, por tanto, que las autoridades egipcias apoyaran a la coalición anti-Siquem.

Las cartas y, desde luego, el mapa muestran con claridad que Siquem necesitaba otra porción de territorio para hacerse con el control de gran parte de Canaán: el estratégico y fértil valle de Jezreel. Esto le habría dado el dominio completo de la ruta internacional hacia Siria y Mesopotamia, así como el control de la principal región productora de cereales del país. Las maniobras de Siquem resultan, por ello, bastante transparentes: buscaba rodear a las dos ciudades-estado dominantes del valle de Jezreel, Meguidó y Rehob, así como al bastión egipcio de Bet-seán. Su estrategia consistía en atraer a las ciudades-estado situadas al norte del valle y ejercer presión directa sobre las ciudades del propio valle. En cuanto a estas últimas, Labayu y sus hijos atacaron las ciudades-estado de Meguidó y Rehob y parecen haber logrado obtener territorios en el extremo meridional del valle.³

Estas maniobras amenazaban los intereses egipcios en Canaán, y las autoridades egipcias reaccionaron exigiendo el arresto de Labayu y sus aliados y su comparecencia ante el faraón. Labayu fue capturado y asesinado, pero su muerte no alteró la situación. Sus hijos, uno de los cuales debió gobernar en Siquem y el otro en Pihilu, siguieron la política agresiva de su padre. Se desconoce cómo lograron finalmente los egipcios desarticular la coalición Siquem–Guézer–Pihilu.

El «asunto de Siquem» en el período de Amarna arroja luz sobre procesos ocurridos varios siglos después en la misma región: el surgimiento del reino del norte de Israel en las primeras fases de la Edad del Hierro. Conviene hacer cuatro observaciones a modo de introducción al análisis de los paralelos de la Edad del Hierro en los capítulos siguientes:

(1) Si Siquem hubiera conseguido apoderarse del valle de Jezreel y de los territorios inmediatamente al norte, habría establecido su dominio sobre las mismas regiones que varios siglos después gobernó el reino del norte en sus primeros tiempos (la entidad política de Tirsá, cap. 3).

(2) Un estudio exhaustivo de los restos de Tell Balata —emplazamiento de Siquem— muestra que la poderosa entidad de Labayu y sus hijos era gobernada desde un asentamiento modesto y no fortificado (Finkelstein 2006b).

³Un gobernante llamado Yashdata, aliado de Meguidó, fue expulsado de su ciudad de origen como resultado de las maniobras de Labayu (EA 248). Los estudiosos han identificado su ciudad con Taanac, en el sudeste del valle de Jezreel. No la incluyo en este análisis porque dicha identificación es discutible. Véase la discusión en Finkelstein and Naaman 2005.



(3) Mientras que el valle de Jezreel contaba con un denso sistema de ciudades-estado, poblaciones y aldeas subordinadas del Bronce Tardío, las tierras altas del norte de Samaria estaban escasamente pobladas por un número relativamente pequeño de asentamientos. Por otra parte, Siquem probablemente controlaba una población mixta, sedentaria y pastoril, lo que le confería una fuerza particular.

(4) No hay razón para que el mismo fenómeno —una entidad política fuerte en la parte septentrional de la región montañosa central— no continuara entre los siglos XIII y XI; sin embargo, carecemos de textos que confirmen o refuten esta posibilidad. La única pista podría ser el relato bíblico del hombre fuerte Abimélec (Jue 9). Este relato, también relacionado con la zona de Siquem, puede basarse en un recuerdo septentrional de acontecimientos anteriores al surgimiento del reino del norte (Naaman 2011b; y véase más adelante).

1.1.2. EL FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE TARDÍO

Jasor, probablemente la ciudad-estado más importante del norte, fue destruida en un violento incendio, probablemente en la segunda mitad del siglo XIII a. e. c. (Yadin 1972; Kitchen 2002; Ben-Tor 2008). Otras ciudades-estado, incluidas las situadas en el valle de Jezreel, así como el centro egipcio de Bet-seán, continuaron sin interrupción durante casi un siglo. El sistema de ciudades-estado cananeas bajo dominación egipcia en los valles septentrionales llegó a su fin mediante una serie de destrucciones a fines del siglo XII a. e. c. Los resultados radiocarbónicos de Meguidó sitúan su final violento entre 1193 y 1113 a. e. c. (68 por ciento de probabilidad). El pedestal de una estatua con el nombre de Ramsés VI hallado en el yacimiento indica que este subsistió al menos hasta su reinado: 1141–1133 a. e. c. Teniendo esto en cuenta, los resultados radiocarbónicos calibrados pueden restringirse a 1141–1113 a. e. c. La cercana Bet-seán proporcionó varios hallazgos de la época de Ramsés IV (síntesis en Finkelstein 1996b; véase el análisis cronológico en A. Mazar 2009) y, por tanto, subsistió al menos hasta su tiempo, es decir, 1151–1145 a. e. c. Bet-seán proporcionó resultados radiocarbónicos que parecen similares a los de Meguidó (A. Mazar 2009, 25–26).

Las destrucciones en el valle de Jezreel a fines del siglo XII a. e. c. fueron importantes (Arie 2011), pero, a mi juicio, el sistema de asentamientos no colapsó por completo. Meguidó solo fue destruida parcialmente —el sector incendiado de la ciudad era principalmente el del palacio— y algunos yacimientos rurales pueden haber sobrevivido a la devastación (Finkelstein 2003). Las destrucciones en el valle pudieron ser consecuencia de ataques de grupos de los Pueblos del Mar (Ussishkin 1995) o de disturbios locales: escaramuzas entre ciudades-estado, ataques de bandas de personas desarraigadas (los Apiru de las fuentes egipcias) o intentos de expansión de grupos de población sedentaria procedentes de la región montañosa.

En las tierras altas, Siquem fue probablemente destruida en la fase final del Bronce Tardío. La ausencia de hallazgos egipcios o egeos dificulta fechar con precisión este acontecimiento, ya sea a fines del siglo XIII o en el siglo XII a. e. c.

1.2. LA EDAD DEL HIERRO I

1.2.1. LAS TIERRAS ALTAS

La caída de las ciudades-estado del Bronce Tardío y el colapso del dominio egipcio en Canaán dieron lugar a dos procesos diferentes. En las tierras altas, una oleada de asentamiento que pudo



comenzar ya a fines del siglo XIII a. e. c. se aceleró en los siglos XII y XI a. e. c. (Finkelstein 1988). El número de yacimientos aumentó espectacularmente: de aproximadamente 30, con una superficie edificada total de ca. 50 hectáreas, en el Bronce Tardío II (siglo XIII a. e. c.), a unos 250, con una superficie edificada total de ca. 220 hectáreas, dos siglos y medio después, en el Hierro I tardío (comienzos del siglo X a. e. c.). Esto significa que la población sedentaria se multiplicó al menos por cuatro. El resurgimiento de una vida sedentaria vigorosa debió ir acompañado de una expansión de la actividad agrícola y, por tanto, la proporción de grupos pastoriles probablemente disminuyó de manera considerable. La mayoría de estos asentamientos continuaron sin interrupción hasta el Hierro IIA–B —la época del reino del norte— y, por ello, pueden denominarse «israelitas» ya desde el Hierro I. En otras palabras, esta oleada de asentamiento dio origen al Israel temprano (Finkelstein 1988; Faust 2006).

Los indicios arqueológicos y textuales parecen indicar que la oleada de asentamiento descrita aquí dio lugar al surgimiento de una entidad territorial temprana en el Hierro I tardío (fines del siglo XI y buena parte del X a. e. c.) en la zona al norte de Jerusalén (cap. 2). A efectos de este análisis, la cuestión es si la arqueología ofrece indicios de la existencia de una formación territorial similar en las tierras altas ya en la fase temprana del Hierro I, a fines del siglo XII y comienzos del XI a. e. c.

Hace muchos años, Martin Noth (1966) propuso que, antes de la época monárquica, la población israelita estaba organizada en una anfictionía: una liga de tribus cuyas instituciones giraban en torno a un santuario central. Esta idea fue rechazada posteriormente por razones tanto textuales como arqueológicas (p. ej., de Geus 1976; Lemche 1977). Pero ¿pudo un lugar de culto servir como centro de una entidad territorial, aunque esta se extendiera sobre una zona más limitada de las tierras altas? El único yacimiento donde puede ponerse a prueba tal teoría es Silo, excavado intensivamente en la década de 1980 (Finkelstein, Bunimovitz, and Lederman 1993) y situado en una zona estudiada exhaustivamente mediante prospecciones arqueológicas.

1.2.1.1. SILO

Silo fue destruida en un gran incendio (fig. 4) que Albright fechó hacia 1050 a. e. c. (1960, 113, 118, 228) al aceptar las cifras cronológicas bíblicas para los reinados de los primeros davídicos y retroceder en el tiempo según la secuencia bíblica de acontecimientos: David ca. 1000 < Saúl < Samuel < «período de los jueces». Si se sitúa el comienzo del reinado de Saúl hacia 1025 y la batalla de Eben-ezer al final del período de los jueces, resulta ciertamente lógico llegar a una fecha aproximada de 1050 a. e. c. Sin embargo, la investigación actual no puede aceptar cálculos de esta clase. En primer lugar, el reinado de cuarenta años de los primeros davídicos no debe considerarse más que una cifra tipológica; en segundo lugar, la secuencia bíblica de un período caótico de los jueces, seguido de las grandes conquistas de David y del imperio dorado de Salomón, es una construcción teológica de los autores de la época monárquica tardía (p. ej., Van Seters 1983, 307–12; Knauf 1991, 1997; Miller 1997; Niemann 1997; Finkelstein and Silberman 2006a).





Figura 4. Destrucción de la Silo del Hierro I.

El nivel de destrucción de Silo proporcionó un rico conjunto cerámico que puede atribuirse a una fase posterior al Hierro I muy temprano (conocido, por ejemplo, por el yacimiento de Giloh, al sur de la Jerusalén actual; A. Mazar 1981) y anterior a los conjuntos del Hierro I tardío (como el conocido en Meguido). Las determinaciones radiocarbónicas de semillas y pasas carbonizadas del nivel de destrucción de Silo dieron fechas de la segunda mitad del siglo XI a. e. c. (Finkelstein and Piasezky 2006).

El texto bíblico no arroja luz sobre la historia de las tierras altas durante el Hierro I temprano. Los relatos de la conquista y de parte del período de los jueces deben considerarse, ante todo, una construcción deuteronomista que utilizó mitos, relatos y tradiciones etiológicas para transmitir la teología y la ideología territorial de los autores de la época monárquica tardía (p. ej., Nelson 1981; Van Seters 1990; Finkelstein and Silberman 2001, 72–96; Römer 2007, 83–90). Al mismo tiempo, la Biblia hebrea (Jer 7:12, 14; 26:6, 9) parece conservar un recuerdo —por vago que sea— de una devastación pasada de Silo. La única devastación del yacimiento conocida por las excavaciones exhaustivas tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XI; en las fases posteriores de la Edad del Hierro no hubo en Silo ningún asentamiento importante. Las referencias bíblicas de la época monárquica tardía a la destrucción de Silo parecen constituir una polémica contra un antiguo santuario norisraelita. Pero las tradiciones primarias relativas a ese santuario pudieron originarse en círculos septentrionales en épocas anteriores y haber sido llevadas a Judá por refugiados israelitas tras la caída del reino del norte en 720 a. e. c. Surge así la pregunta: ¿se conservó este recuerdo por la importancia de aquel lugar como centro de culto para la población del Hierro I de la parte septentrional de la región montañosa central?

1.2.1.1.1. ¿HUBO UN SANTUARIO IMPORTANTE EN LA SILO DEL HIERRO I?

La respuesta a esta pregunta debe buscarse primero en los hallazgos y alcanzarse mediante las reglas de la arqueología protohistórica, es decir, sin recurrir al texto bíblico, que incluye polémicas de la época monárquica tardía y posiblemente aun posteriores.



No existen pruebas directas entre los hallazgos de la existencia de un santuario importante en Silo. Nunca se ha encontrado en el yacimiento ningún vestigio arquitectónico de un santuario. Lo mismo ocurre con los objetos pequeños. El conjunto relativamente rico de cerámica procedente de los edificios con pilares excavados en la ladera occidental contenía principalmente recipientes de almacenamiento, y todo el yacimiento proporcionó fragmentos de un único soporte de culto y fragmentos de dos recipientes posiblemente de carácter cultual. Cabe esperar este tipo de pruebas en cualquier yacimiento del Hierro I de las tierras altas. En Silo no se ha excavado ninguna *favissa* (fosa con recipientes de culto), ni siquiera un modesto conjunto de recipientes de culto como los hallados en la Silo del Bronce Tardío (en el primer caso) o en Megidó y Taanac del Hierro II temprano (en el segundo; Loud 1948, fig. 102; Frick 2000, respectivamente). El conjunto faunístico de la fase del Hierro I del yacimiento (Hellwing et al. 1993) tampoco aporta pruebas. Nada en él indica prácticas sacrificiales, como una preferencia particular por determinadas especies, edades de sacrificio o partes del cuerpo. Por el contrario, el conjunto faunístico de Silo es semejante a otros conjuntos óseos del Hierro I del Levante.

Los indicios circunstanciales arrojan una luz algo diferente sobre el yacimiento. Silo no presenta señales de un asentamiento típico del Hierro I de las tierras altas, como las cercanas Khirbet Raddana y et-Tell (Callaway and Cooley 1971; Callaway 1976; Lederman 1999). No se encontró ni una sola vivienda en las diversas áreas excavadas (tampoco en las excavadas por el equipo danés a comienzos del siglo XX; Buhl and Holm-Nielsen 1969); los edificios descubiertos al oeste son de carácter público y están destinados al almacenamiento, mientras que otras zonas aportaron pruebas de silos y otras instalaciones. Lo mismo ocurre con la Silo del Bronce Medio III: las excavaciones alrededor del yacimiento proporcionaron pruebas de un enorme sistema de contención de piedra y tierra, rellenos e instalaciones de almacenamiento, pero ni una sola vivienda. Además, en el caso de la Edad del Bronce Medio, hay indicios de que el centro del yacimiento también fue acondicionado con rellenos y muros de contención, posible señal de que en la cima del tell se alzaba un edificio importante (también en este caso, los objetos pequeños no aportaron pruebas concluyentes de la existencia de un santuario). No hubo asentamiento en Silo durante el Bronce Tardío, pero la *favissa* hallada en la ladera nororiental sugiere que entonces se desarrolló allí actividad cultual. Al intentar evaluar el carácter de la Silo del Hierro I, es imposible ignorar estos hechos.

En resumen, aunque no hay pruebas directas de un santuario del Hierro I en Silo, las consideraciones indirectas parecen sugerir que la Silo del Hierro I no era un asentamiento típico de las tierras altas, y los testimonios de larga duración —de las Edades del Bronce Medio y Tardío— parecen apuntar a la existencia de un lugar de culto allí.

1.2.1.1.2. ¿FUE LA SILO DEL HIERRO I UN CENTRO ADMINISTRATIVO REGIONAL?

Silo pertenece al grupo de los yacimientos mayores del Hierro I en las tierras altas, pero su tamaño —poco más de una hectárea— no es excepcional. La concentración relativamente densa de yacimientos del Hierro I a su alrededor puede interpretarse como resultado de las condiciones ambientales favorables de esta parte de las tierras altas: valles fértiles aptos para la agricultura de secano, situados no lejos de las zonas de pastoreo del borde desértico al este y de las tierras hortícolas aterrazadas al oeste. Las instalaciones de almacenamiento de Silo —tanto las elaboradas casas con pilares (fig. 5) como los silos— pudieron servir a la población del yacimiento y de sus alrededores inmediatos. La investigación petrográfica de los recipientes del Hierro I (Glass et al. 1993) indica que la mayoría se produjo en las cercanías, a excepción de los *pithoi* de



borde en collar, fabricados en dos talleres situados al norte: uno cerca de Siquem y el otro en Wadi Far'ah, al nordeste de Siquem. Pero estos datos tampoco aclaran la cuestión examinada, porque las tinajas de borde en collar podían fabricarse habitualmente en talleres especializados (Arie 2006). Por tanto, sin un estudio paralelo de otros conjuntos de *pithoi* del Hierro I de las tierras altas, el panorama sigue siendo algo ambiguo.

Si pasamos a los indicios circunstanciales, la única señal de que Silo sirvió como centro administrativo procede de los edificios con pilares de la ladera occidental del yacimiento; Silo es el único yacimiento del Hierro I en las tierras altas que presenta pruebas de construcción pública. Desde esta perspectiva, Silo sí parece una instalación de redistribución. No puede afirmarse más.⁴

1.2.1.2. ABIMÉLEC

Como ya he mencionado, la Biblia hebrea puede contener una pista sobre la existencia, en época premonárquica, de una entidad territorial gobernada por un hombre fuerte en la zona de Siquem. Me refiero al relato de Abimélec en Jue 9, que forma parte de lo que Richter (1966) llamó el «Libro de los salvadores» de Jueces. Se trata de una colección de relatos sobre salvadores militares carismáticos locales del norte que probablemente se conservó en el norte, posiblemente en Betel, antes de la caída del reino septentrional (sobre el carácter temprano del relato, véanse Reviv 1966; Würthwein 1994; Guillaume 2004; Naaman 2011b). Reviste especial importancia Jue 9:26–41, que describe las actividades de un grupo de Apiru, una banda de desarraigados activa en las tierras altas (Naaman 2011b). Es imposible imaginar a una banda proscrita realizando este tipo de actividades después de la consolidación de la monarquía; por tanto, los autores de la época monárquica tardía y los posteriores ya no podían conocer una realidad tan temprana. Como tal, el relato puede conservar una tradición relativa a tiempos premonárquicos en el norte. La destrucción de Siquem en el Hierro I, posiblemente en el Hierro I tardío, durante el siglo X a. e. c., puede estar relacionada con este recuerdo (Finkelstein 2006b). Por ello, el relato de Abimélec en Jue 9 puede ofrecer una pista de que la situación descrita en las cartas de Amarna del siglo XIV a. e. c. prevaleció de hecho en las tierras altas septentrionales también en otras épocas premonárquicas, incluido el Hierro I. Como mostraré más adelante, el relato bíblico del ascenso de Jeroboam I puede pertenecer al mismo género y describir una realidad semejante a fines del siglo X a. e. c. (Hierro IIA temprano).

Para concluir el análisis de las tierras altas en la fase temprana del Hierro I, aunque parece haber algunos indicios —arqueológicos (Silo) y textuales (Abimélec en Siquem)— de que ciertos centros controlaban territorios de sus alrededores, no existen pruebas de una gran entidad territorial semejante a la Siquem del período de Amarna en aquella época.

⁴Para más información sobre la Silo del Hierro I y las tradiciones relacionadas con ella, véase el capítulo 2.





Figura 5. Edificios con pilares en la Silo del Hierro I.

1.2.2. LAS TIERRAS BAJAS

Los procesos que tuvieron lugar durante el Hierro I en los valles septentrionales fueron diferentes de los que caracterizaron a las tierras altas. Los principales centros urbanos de la Edad del Bronce Tardío se recuperaron de las destrucciones de fines del siglo XII. Meguidó proporcionó pruebas de tres niveles del Hierro I; otros yacimientos con una estratigrafía menos compleja, como Bet-seán, también muestran una recuperación durante el Hierro I. Las excavaciones en yacimientos secundarios como Tell Wawiyat y Ein Sephorris, en la Baja Galilea (Dessel 1999), indican una recuperación semejante en el ámbito rural. Algunos yacimientos pudieron continuar sin perturbaciones, sin sufrir destrucción alguna, lo que indica una continuidad demográfica y cultural en la transición del Bronce Tardío al Hierro I. Esto también puede observarse en los patrones de asentamiento. Los valles septentrionales estaban densamente poblados tanto en el Bronce Tardío como en el Hierro I, sin señales de una crisis importante. En el valle occidental de Jezreel, por ejemplo, el número de asentamientos, su ubicación y la superficie edificada total cambiaron poco en la transición entre ambos períodos (Finkelstein et al. 2006). Lo mismo ocurre con el valle de Bet-seán, más al este, y con el valle septentrional del Jordán (Maeir 1997; Ilan 1999, 162–71, respectivamente). Así pues, los campesinos de Canaán, o al menos algunos de ellos, prosiguieron su rutina secular a pocos kilómetros de las ciudades en ruinas.

La recuperación del sistema de asentamientos en los valles septentrionales durante el Hierro I temprano condujo a una plena prosperidad en todos los yacimientos principales en el Hierro I tardío, es decir, a fines del siglo XI y comienzos del X a. e. c. Esto estuvo acompañado por un posible resurgimiento del sistema de ciudades-estado y por la continuidad de la cultura material del segundo milenio a. e. c., lo que significa que el colapso del siglo XII a. e. c. no puede considerarse un punto de inflexión en la historia de los valles septentrionales.



1.2.2.1. NUEVA CANAÁN

Hace algunos años propuse denominar «Nueva Canaán» al resurgimiento de fines del Hierro I en los valles septentrionales. El mejor caso de estudio es Meguidó. En el Hierro I temprano (fines del siglo XII y comienzos del XI), tras una destrucción parcial de la ciudad del Bronce Tardío, Meguidó volvió a poblarse por completo. A lo largo de algunas décadas, este asentamiento se transformó gradualmente en una ciudad grande y próspera del Hierro I tardío (fines del siglo XI y comienzos del X a. e. c.).

La ciudad de Meguidó del Hierro I tardío (denominada estrato VIA por los excavadores de la Universidad de Chicago en la década de 1930) se asemeja sorprendentemente —en casi todas sus características— a la ciudad del Bronce Tardío III (estrato VIIA del siglo XII). No menos importante es que la ciudad siguiente de Meguidó, del Hierro IIA (estrato V de fines del siglo X y del siglo IX a. e. c.), difiere mucho en todos sus rasgos:

- El tamaño de las dos primeras ciudades (VII y VI) es similar: ambas ocupaban tanto el tell superior como la terraza inferior, una superficie de unas 11 hectáreas. La ciudad del Hierro IIA ocupaba solo el tell superior.
- Ambas ciudades tenían un palacio al norte, cerca de la puerta. Los palacios del Hierro IIA se sitúan en otro lugar.
- El gran «Templo de la Torre» de Meguidó, que parece haber servido como santuario central de la ciudad, fue erigido probablemente en el Bronce Medio y estuvo en uso durante todo el Bronce Tardío y el Hierro I (p. ej., Kempinski 1989, 77–83). Durante el Hierro IIA, estrato V, el culto de Meguidó no estaba centralizado (cap. 5).
- La construcción de otros edificios públicos del Hierro I tomó en consideración la existencia de monumentos del Bronce Tardío. Esta tendencia no continuó en el Hierro IIA.
- Hace algunos años se descubrió en el sector sudoriental del yacimiento una típica y elaborada casa con patio abierto del Hierro I tardío, perteneciente a la tradición del segundo milenio. Las casas del Hierro IIA emplean pilares de piedra, que antes no eran habituales, y tienen una disposición diferente.
- La cerámica del Hierro I indica una clara continuidad cultural de las tradiciones del segundo milenio a. e. c. (fig. 6). La cerámica del estrato V pertenece al repertorio, muy diferente, del Hierro II (Arie 2006, 2013).
- Los objetos de bronce del estrato VI también representan una continuidad de las tradiciones del Bronce Tardío (Negbi 1974); la producción metalúrgica del Hierro I mantiene procedimientos conocidos en la Edad del Bronce Tardío (Eliyahu-Behar et al. 2013).
- La industria del sílex del Hierro I conserva asimismo tradiciones del segundo milenio (Gersht 2006).

Difícilmente puede dudarse, por tanto, de que el estrato VI de Meguidó representa una ciudad cananea. Sus antiguos habitantes debieron regresar; otros pudieron venir de aldeas cercanas, que se recuperaron gradualmente del golpe que sacudió sus centros de poder a fines del siglo XII. Parece que Meguidó siguió siendo el centro de una ciudad-estado que dominaba el territorio rural circundante. Sin fuentes escritas disponibles, apenas puedo demostrar esta hipótesis. Pero el análisis de los hallazgos —que apunta a una ciudad grande y próspera, dedicada al comercio a larga distancia, con claros indicios de estratificación social, situada en el centro de un territorio rural, en una región cuya antigua población no fue desarticulada y que contaba con una tradición de ciudades-estado— no deja otra interpretación posible.





Figura 6. Conjunto cerámico de Meguidó del Hierro I tardío, que muestra una marcada continuidad de las tradiciones del Bronce Tardío.

Meguidó fue solo un eslabón de la cadena de la «Nueva Canaán». Al menos en el norte, el Canaán del Bronce Tardío, que había sufrido un golpe a fines del siglo XII, volvió a la vida. Otras ciudades-estado del Hierro I pueden identificarse en Tel Kinneret, a orillas del mar de Galilea por el norte; Tel Keisan, en la llanura costera de Acre; Tel Yokneam, en el valle de Jezreel; Dor o Ginti-kirmil (Jatt), en la llanura costera de Sarón; y posiblemente Tel Rehov, en el valle del Jordán (fig. 7).

Jasor, en el valle superior del Jordán, llegó a su fin con una destrucción devastadora en la segunda mitad del siglo XIII a. e. c. Aunque volvió a poblarse como pequeña aldea a mediados del Hierro I, no recuperó su importancia hasta el Hierro IIA tardío, a comienzos del siglo IX. El yacimiento que ocupó su lugar como centro del valle del Jordán al norte del mar de Galilea fue Kinneret. Allí se desarrolló durante el Hierro I una ciudad fuertemente fortificada de unas 10 hectáreas. Alcanzó el apogeo de su prosperidad en el Hierro I tardío y después fue destruida (Münger et al. 2011).

Acre decayó al final de la Edad del Bronce Tardío, pero Tell Keisan —muy probablemente el emplazamiento de Acsaf del Bronce Tardío y de la Biblia— siguió prosperando durante el Hierro I (Humbert 1993). Parece que sirvió de centro principal de la llanura costera septentrional, con su puerto situado en Tell Abu Hawam, en la desembocadura del río Quisón, en la bahía de Haifa. La investigación petrográfica de las tablillas de Amarna demostró que Tel Yokneam había sido el centro de una ciudad-estado del Bronce Tardío. Como Meguidó, este yacimiento también se recuperó en el Hierro I temprano y se convirtió en un centro próspero en el Hierro I tardío. Dor prosperó asimismo en esa época y se extendió sobre una superficie de 7–8 hectáreas. Sus



habitantes mantuvieron un intenso comercio con Fenicia y Chipre (Gilboa and Sharon 2003). Un edificio monumental excavado en el sur del tell atestigua la riqueza y el carácter urbano de la ciudad del Hierro I, que debió dominar la llanura costera de la cordillera del Carmelo. Es posible que Dor sustituyera a Ginti-kirmil del Bronce Tardío como principal centro de esta región.

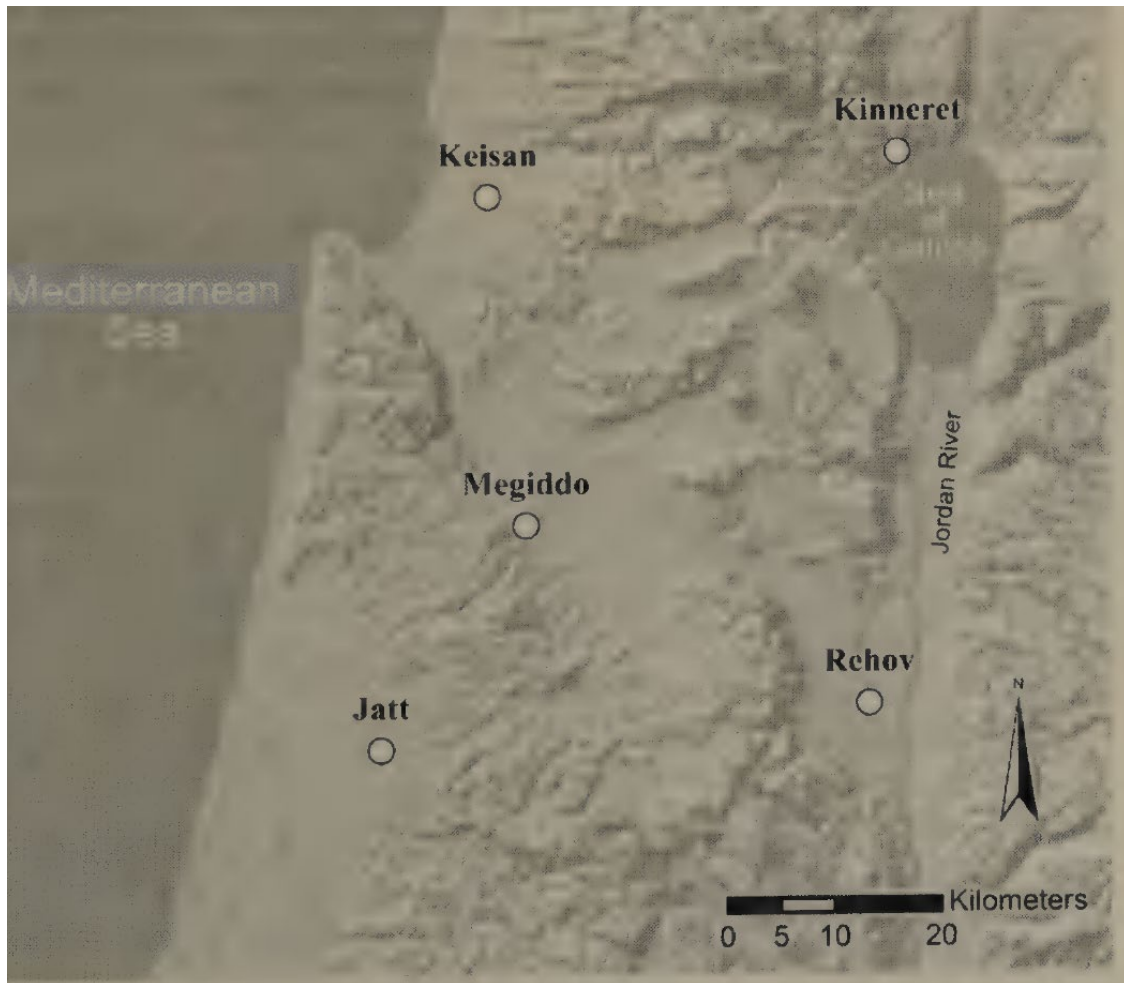


Figura 7. «Nueva Canaán»: ciudades-estado del Hierro I tardío en el norte.

Las excavaciones en Tel Rehov indican que la ciudad contemporánea del estrato VIA de Meguidó probablemente ocupaba todo el tell —tanto el superior como la terraza inferior—, una superficie de unas 10 hectáreas. Si se considera que Rehob era una ciudad-estado importante en el período de Amarna y que la cercana Bet-seán del Hierro I era un asentamiento relativamente pequeño, puede proponerse que la Rehob del Hierro I funcionó como centro de una entidad territorial que dominaba los valles de Bet-seán y de Jezreel oriental.

El patrón de ciudades-estado del Hierro I que surge de este análisis es bastante similar al que había existido en el Bronce Tardío II–III. Meguidó, Tel Yokneam, Tel Keisan y Tel Rehov sirvieron como centros de ciudades-estado en ambos períodos, y otro centro se situaba en la llanura costera de Sarón. Las únicas modificaciones fueron el declive de Acre y el cambio en el valle del Jordán al norte del mar de Galilea, donde Kinneret sustituyó a Jasor como centro de poder de la región.



La prosperidad de Nueva Canaán procedía de la estabilidad del ámbito rural y de los intensos intercambios con Fenicia. Las ciudades septentrionales probablemente comerciaban con productos secundarios de las zonas de horticultura de las tierras altas, actuando como comunidades de acceso a los mercados para estas mercancías. La actividad de producción de cobre está atestiguada en muchos de los yacimientos principales de los valles de Jezreel y del Jordán.

1.2.2.2. LA DESTRUCCIÓN DE NUEVA CANAÁN



Figura 8. Destrucción de la Meguidó del Hierro I tardío.

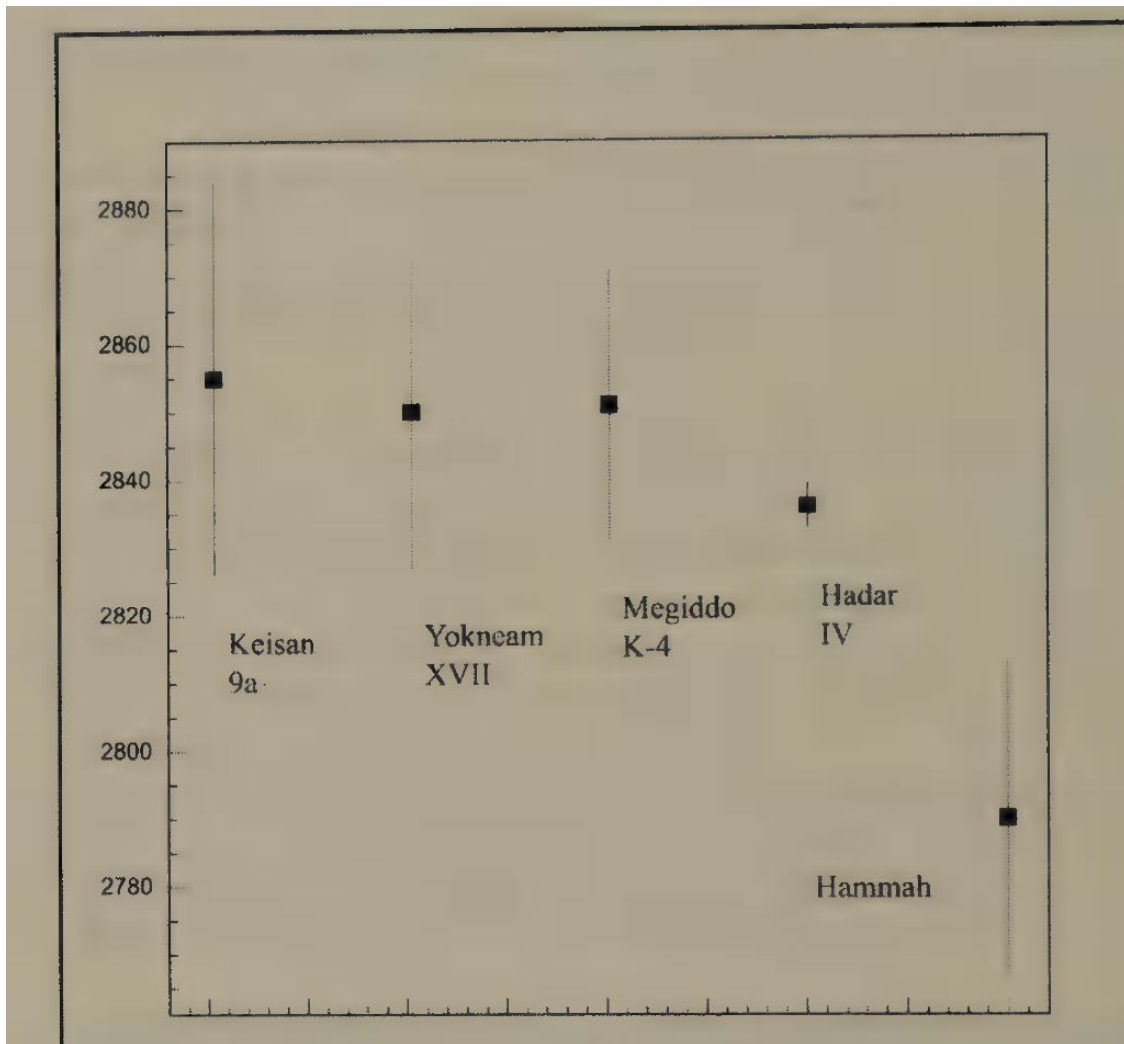


Figura 9. Resultados sin calibrar de cinco niveles de destrucción del Hierro I tardío en el norte, que parecen representar más de un acontecimiento.

El sistema urbano de Nueva Canaán colapsó durante el Hierro I tardío, cuando sus centros fueron incendiados. Se han identificado destrucciones violentas en todos los centros principales. En Meguidó, la ciudad entera quedó reducida a cenizas. El incendio fue tan intenso que los adobes se volvieron rojos, razón por la cual los excavadores de la Universidad de Chicago, en la década de 1930, la llamaron «la ciudad de los ladrillos rojos». La acumulación de ladrillos derrumbados supera un metro (fig. 8). También se hallaron pruebas de destrucción por fuego en los demás centros mencionados.

Esta vez la caída del sistema cananeo fue definitiva. Algunos yacimientos de Nueva Canaán muestran indicios de una escasa actividad de ocupantes precarios entre las ruinas de las ciudades prósperas, todavía dentro del Hierro I tardío, pero se trató de una ocupación breve e insignificante. En la siguiente fase de poblamiento, durante el Hierro IIA temprano, el sistema de ciudades-estado fue sustituido por asentamientos relativamente modestos (Meguidó VB y sus contemporáneos), que ya pueden atribuirse al reino del norte de Israel. La cultura material cambió entonces por completo; desaparecieron todos los rasgos típicos del Hierro I tardío y los



de la nueva fase pasaron a caracterizar la cultura material del reino del norte; continuaron sin alteraciones hasta el colapso de Israel a fines del siglo VIII a. e. c. e incluso más allá.

¿Quién destruyó las ciudades de Nueva Canaán? Dado que los conjuntos cerámicos de los niveles de destrucción del Hierro I tardío del norte se parecen entre sí, los estudiosos han propuesto un acontecimiento único para el final de esta fase: un gran terremoto (Lamon and Shipton 1939, 7; Cline 2011), las conquistas del rey David (Yadin 1970, 95; Harrison 2004) o la campaña del faraón Sheshonq I (Watzinger 1929; Finkelstein 2002a).

Para identificar al responsable de la destrucción, primero es necesario establecer su fecha. Los cinco yacimientos destruidos por el fuego proporcionaron decenas de determinaciones radiocarbónicas (Sharon et al. 2007; Finkelstein and Piasetzky 2009). Una vez establecidas las fechas absolutas de cada uno de los cinco niveles, los resultados no respaldan la hipótesis de un único acontecimiento. Los yacimientos situados en el valle occidental de Jezreel y la llanura de Acre parecen dar una fecha de comienzos del siglo X a. e. c.; Tel Hadar, en la orilla oriental del mar de Galilea, parece proporcionar una fecha algo posterior, y Tell el-Hammah, en el valle de Bet-seán, ofrece una fecha aparentemente aún posterior, de mediados o fines del siglo X a. e. c. (fig. 9). Los resultados de Meguidó y Tell el-Hammah están separados por unos 60 años sin calibrar (3,5 desviaciones estándar); por tanto, la probabilidad de que todas estas fechas representen un único acontecimiento es baja. En efecto, un estudio exhaustivo de los conjuntos cerámicos parece indicar ligeras diferencias entre ellos (Arie 2006). Lo más probable, por tanto, es que el horizonte del Hierro I tardío en el norte de Israel terminara con más de una devastación. Esta conclusión invalida las teorías de un terremoto y de una sola campaña militar.

Así pues, las destrucciones en el norte deben entenderse como expresión de un período de inestabilidad que se prolongó durante varias décadas. Una explicación histórica razonable sería relacionarlas con incursiones de grupos procedentes de las tierras altas centrales contra los bastiones del valle.⁵ Se trató bien de ataques de bandas individuales, bien de intentos de una entidad territorial israelita temprana de las tierras altas por expandirse hacia las zonas de los valles septentrionales limítrofes con ella. Cabe destacar que, cuando estas ciudades volvieron a poblarse en el Hierro IIA temprano —probablemente por grupos mixtos de habitantes del valle y de las tierras altas—, continuaron sin interrupción hasta comienzos del siglo IX, época de la dinastía omrida. El hecho de que esta fase posterior de los yacimientos de los valles septentrionales presente rasgos de la cultura material norisraelita refuerza la hipótesis de que los israelitas de la región montañosa fueron responsables de las destrucciones al final del período anterior, durante el Hierro I tardío.

Huelga decir que no disponemos de materiales textuales extrabíblicos que arrojen luz sobre estos asuntos y que es imposible vincularlos con seguridad a los acontecimientos descritos en la Biblia, ya que la historicidad de episodios que supuestamente tuvieron lugar antes del siglo IX a. e. c. es cuestionable. Aun así, dos relatos bíblicos relativamente tempranos pueden representar recuerdos de acontecimientos turbulentos ocurridos en los valles de Jezreel y Bet-seán antes del surgimiento del reino del norte.

⁵Las incursiones de grupos procedentes de las tierras altas de Galilea no pueden considerarse una posibilidad, porque esta región estaba escasamente poblada en el Hierro I.



Muchos consideran que el Cántico de Débora, en el libro de Jueces, es uno de los textos más antiguos de la Biblia (p. ej., Albright 1936; Cross 1973, 100). Originalmente pudo formar parte de un texto que recogía tradiciones sobre los días formativos del norte de Israel, texto que Richter (1966) denominó «Libro de los salvadores» en Jueces. El Cántico de Débora pudo haber sido puesto por escrito en el norte ya a comienzos del siglo VIII a. e. c., pero puede reflejar tradiciones relativas a acontecimientos aún anteriores, ocurridos en el valle más de un siglo antes.

El relato de la muerte del rey Saúl en una batalla contra los filisteos en el monte Guilboa (1 Sam 31) está tan fuera del contexto geográfico del resto del ciclo de Saúl que puede considerarse un recuerdo genuino relacionado con la expansión de una entidad política norisraelita temprana hacia los valles septentrionales en el siglo X a. e. c. Tampoco este texto pudo haber sido puesto por escrito —ni siquiera en una versión norisraelita anterior— antes de la primera mitad del siglo VIII a. e. c.; la falta de pruebas de una actividad escribal importante en Israel antes de alrededor de 800 a. e. c. (véanse caps. 4–5) dificulta atribuir la compilación de estos textos a una fase anterior de la historia del reino del norte.

Con todo, si existieron tradiciones semejantes sobre posibles acontecimientos tempranos, debieron transmitirse oralmente durante más de un siglo y, por ello, difícilmente pueden leerse como registros históricos directos. Supongo que debemos abordar esto de una forma algo distinta: un período de agitación e inestabilidad en el siglo X a. e. c. dejó hondas impresiones entre los habitantes del norte, impresiones que pudieron expresarse en tradiciones orales norisraelitas como el Cántico de Débora y el ciclo de Saúl. Fueron puestas por escrito durante el apogeo del reino del norte, en la primera mitad del siglo VIII.

La destrucción de los centros urbanos de los valles septentrionales en el Hierro I tardío fue el verdadero y decisivo punto de inflexión en la historia del país. Marca la transición desde la cultura material cananea y la organización territorial de ciudades-estado del segundo milenio a. e. c. hasta la cultura material israelita y un sistema de reinos territoriales desde fines del siglo X hasta fines del siglo VIII a. e. c.

NOTAS DE TRADUCCIÓN Y CONTROL TEXTUAL

El Word obtenido por OCR comprende la introducción, pero no el capítulo 1. Presenta errores importantes de reconocimiento de caracteres y nombres, división de palabras, diacríticos, encabezados, notas y tablas. La tabla 1 del PDF tuvo que leerse directamente en la imagen de la página impresa 7. El texto del PDF se utilizó como autoridad sobre el Word.

La distinción del autor entre *Judahite* y *Judean* se vierte como «judaíta» y «judeo», respectivamente, siguiendo la definición de su nota 1. Se conserva *pithoi* como término técnico para las grandes vasijas de almacenamiento.

En la página impresa 22, un renglón del texto extraído del PDF está corrupto después de «esta oleada de asentamiento dio origen al Israel temprano». El cotejo visual permitió recuperar la referencia «Finkelstein 1988; Faust 2006».

En la página impresa 19, el original impreso presenta «Finkelsten and Naaman 2005». Se conserva esa grafía, aunque difiere del apellido del autor.



En la página impresa 3, el original presenta «Schiedewind 2004» en una referencia y «Schniedewind 2004» en otra. Se han conservado ambas grafías tal como aparecen.

El cotejo final abarcó las páginas impresas 1–11 de la introducción y 13–36 del capítulo 1; la página 12 del archivo carece de texto impreso. Se conservaron el texto corrido, los encabezados, la tabla 1, las nueve figuras con sus epígrafes y las nueve notas al pie: cuatro en la introducción y cinco en el capítulo 1. No quedaron fragmentos del texto corrido ilegibles o sin verificar tras el cotejo visual. Los rótulos internos de las figuras se conservan en el inglés de las imágenes originales.



APARATO DE ESTUDIO BESA

Las herramientas siguientes son paratexto de Beit Ein Sof Academy. Sintetizan únicamente datos presentes en la Introducción y el capítulo 1; no forman parte del texto de Finkelstein.

A. Cronología esencial

Bronce Tardío II–III. El alcance general del libro comienza aproximadamente en 1350 a. e. c.; la tabla 1 desglosa la fase Bronce Tardío III y sus transiciones.

Período de Amarna. Las cartas del siglo XIV a. e. c. sirven al autor para reconstruir las entidades territoriales cananeas.

Final del Bronce Tardío en Meguidó. Resultado radiocarbónico: 1193–1113 a. e. c. al 68 %; con el dato de Ramsés VI, 1141–1113 a. e. c.

Hierro I temprano. Fines del siglo XII y primera mitad del XI a. e. c., según la síntesis histórica del autor.

Hierro I tardío. Segunda mitad del siglo XI y primera mitad del X a. e. c.

Hierro IIA temprano. Últimas décadas del siglo X y comienzos del IX a. e. c.

Hierro IIA tardío. Resto del siglo IX y comienzos del VIII a. e. c.

Hierro IIB. Resto del siglo VIII y comienzos del VII a. e. c.

Caída del reino del norte. El texto sitúa la caída de Israel en 720 a. e. c.

B. Personajes históricos mencionados

Labayu. Gobernante vinculado con Siquem en el análisis de las cartas de Amarna.

Abdi-Ashirta y Aziru. Gobernantes del reino de Amurru mencionados junto a Labayu.

Ramsés IV y Ramsés VI. Sus reinados se emplean para delimitar la continuidad de Bet-seán y Meguidó.

Jeroboam I, Omrí, Ajab y Jeroboam II. Reyes del norte citados en la discusión de la memoria bíblica e histórica.

Saúl y Abimélec. Figuras de tradiciones bíblicas examinadas por su posible relación con recuerdos septentrionales.

C. Lugares y yacimientos principales

Siquem / Tell Balata. Centro de la entidad territorial de Labayu en la reconstrucción del capítulo.

Meguidó. Yacimiento clave para la secuencia del Bronce Tardío al Hierro IIA y para la cronología radiocarbónica.

Silo. Yacimiento usado para evaluar la posibilidad de un centro cultural o administrativo del Hierro I.

Bet-seán, Rehob y valle de Jezreel. Espacios centrales del análisis de las coaliciones y de las destrucciones.

Jasor, Kinneret, Acre, Acsaf y Dor. Centros examinados en la reconstrucción del sistema urbano de «Nueva Canaán».



D. Abreviaturas utilizadas

EA. Carta de el-Amarna, seguida del número de carta y las líneas citadas; definición de la nota 2 del capítulo.

ca. / a. e. c. Indicación aproximada / antes de la era común.

fig. / cap. Figura / capítulo.

Hierro I, IIA, IIB, IIC. Designaciones de fases arqueológicas empleadas por el autor.

E. Índice básico de cartas de Amarna citadas

EA 245, 248, 249–250. Cartas relacionadas con Labayu, sus aliados y los adversarios de Siquem.

EA 253–256, 263. Cartas usadas para la actuación de Labayu y el eje Siquem–Guézer–Pihilu.

EA 289, 364, 366. Referencias a Siquem y Ginti-kirmil, las hostilidades de Jasor y la alianza de Acre y Acsaf.

F. Conceptos arqueológicos fundamentales

Ciudad-estado. Ciudad principal, sede de un gobernante, con aldeas en su entorno; definición operativa del capítulo 1.

Entidad territorial. Formación política que domina un territorio; el texto estudia su surgimiento en las tierras altas.

Cronología relativa y absoluta. Secuencia de fases basada en conjuntos cerámicos y datación de esas fases mediante radiocarbono, respectivamente.

Determinación radiocarbónica. Resultado de datación utilizado en los modelos estadísticos citados por el autor.

Apiru. Grupo de personas desarraigadas, descrito así en el análisis de Jueces 9.

G. Esquema jerárquico de las secciones

Introducción. 1. Historiografía y memoria histórica; 2. Avances recientes en arqueología; 3. La perspectiva personal.

Capítulo 1, 1.1. La Edad del Bronce Tardío: entidad política de Siquem en Amarna, coaliciones y ambiciones territoriales, final del Bronce Tardío.

Capítulo 1, 1.2. La Edad del Hierro I: tierras altas, Silo y Abimélec; tierras bajas, Nueva Canaán y su destrucción.

